

ra buscar a los que, huyendo de los hombres, se habian refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlamanalco, y otros lugares: pero algunos, o por desconfianza del perdon, o por despecho, se abandonaron a la muerte en las montañas. Moteuczoma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habian señalado en la guerra.

Despues de esta expedicion conquistaron los Megicanos a Tamazollan, Piaztlan, Gilotepec, Acatlan, y otros pueblos. Con tan rapidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moteuczoma sus dominios, que por Levante se estendian hasta el golfo Megicano; por Sudeste, hasta el centro del gran pais de los Mijteques; por Mediodía, hasta Quilapan, y mas alla; por Sudoeste, hasta el centro del pais de los Otomites, y por el Norte, hasta la estremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorvaron a aquel famoso rei cuidar de lo que pertenecia al gobierno civil, y a la religion. Publicó nuevas leyes; aumentó el esplendor de su corte, e introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de sus antepasados. Edificó un gran templo al dios de la guerra; instituyó muchos ritos, y aumentó el numero de los sacerdotes. El interprete de la coleccion de Mendoza añade que Moteuczoma fue sobrio, y estraordinariamente severo en el castigo de la embriaguez, y con su justicia, su prudencia, y el arreglo de sus costumbres se hizo temer, y respetar de sus subditos. Finalmente, despues de un reinado glorioso de veintiocho años, y algunos meses, murio, llorado de todos, en 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la magnificencia de la corte, y el poder de la nacion.

Ajayacatl, sexto rei de Megico.

Antes de morir Moteuczoma, habia convocado a los primeros personajes de la corte, y despues de haberlos exortado a la concordia, encargó a los electores que diesen el trono al principe Ajayacatl, por creerlo el mas capaz de promover la gloria de los Megicanos. Los electores, o por deferencia al parecer de un rei tan benemerito de la nacion, o porque realmente conocian el merito de Ajayacatl, lo prefirieron a su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Ajayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes predecesores de Moteuczoma, y, como ellos, hijo del rei Acamapitzin.

Despues de las fiestas de la eleccion, salio el rei a la guerra, con el solo obgeto, como habian hecho sus antecesores, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronacion. Hizo una expedi-

cion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacifico, a cerca de cuatrocientas millas de Megico, acia Sudeste. Los Tecuantepequeses se habian preparado, y aliado con sus vecinos, para resistir a las tentativas de los Megicanos. En la batalla furiosa que se dio entre ambos egercitos, Ajayacatl, que mandaba en gefe, fingio retirarse para atraer los enemigos a una emboscada. Los Tecuantepequeses siguieron a los Megicanos, cantando ya la victoria, cuando de repente se vieron atacados a retaguardia por una parte del egercito contrario, que salio de la emboscada, al mismo tiempo que los que huian volvieron caras, y empezaron a pelear de nuevo: asi que, estrechados por una y otra parte, fueron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los Megicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron a las llamas. Los vencedores, aprovechandose de la consternacion de aquellos pueblos, estendieron sus conquistas hasta Coatlulco, lugar maritimo, cuyo puerto fue frecuentado el siglo siguiente por los buques Españoles. De aquella expedicion volvio Ajayacatl cargado de despojos, y fue coronado con aparato estraordinario de tributos, y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su reinado solo pensó en hacer nuevas conquistas, segun el egeemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó a Cotasta, y a Tochtepec, que se le habian rebelado. En 1468 ganó una completa victoria a los Huejotzinques, y a los Atlijqueses, y restituido a Megico, emprendio la fabrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los Tlatelolques hicieron a competencia otro, que llamaron *Coajolotl*, de lo que resultaron, entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como despues veremos, en daño de los Tlatelolques. En 1469 murio Totoquihuatzin, primer rei de Tacuba, el cual, en los cuarenta años, y mas que rigio aquel pequeño estado, fue constantemente fiel a los Megicanos, y los sirvio con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedio su hijo Quimalpopoca, que le fue mui semejante en valor, y en fidelidad.

Muerte y elogio del rei Nezahualcoyotl.

Mucho mas deplorable fue la perdida que sufrieron los Megicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fue uno de los heroes mas famosos de la America antigua. Su gran valor, que en su juventud pasó a temeridad, fue una de las dotes menos apreciables de su animo. Su fortaleza, y su constancia, en los

trece años en que estuvo privado de la corona, y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostrose inflexiblemente recto en la administracion de la justicia. Para perfeccionar la civilizacion de sus pueblos, y corregir los desordenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que despues fueron compiladas por su noble decendiente, D. Fernando de Alba Ijtiljochitl, en su Historia MS de los Chichimecos. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por mas de ochenta dias, o cuatro meses Megicanos. Cada ochenta dias se celebraba una gran reunion en el palacio real, a la que concurrían todos los jueces, y los reos. Entonces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habian terminado en el periodo anterior; y los reos, de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo, y en presencia de aquella asamblea, la pena a que habian sido condenados. Señaló penas a los crímenes, manifestandose especialmente severo con el adulterio, la sodomia, el hurto, el homicidio, la embriaguez, y la traicion a la patria. Si hemos de dar credito a los historiadores Tezcucanos, mandó dar muerte a cuatro de sus hijos por incestuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ageno, y tan rigurosa era la lei, que bastaba robar cuatro mazorcas de maiz, para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algun modo a los caminantes pobres, sin detrimento de la lei, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maiz, y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesitados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dandolas con preferencia a los viejos, a los enfermos, y a las viudas. Para impedir la destruccion de los bosques, prescribio ciertos limites a los leñadores, y prohibió bajo graves penas su transgresion. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposicion, salio un dia disfrazado, con un príncipe hermano suyo, y pasó a la falda de un monte cercano, donde estaban los limites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recogiendo leña menuda, de la que habian dejado los leñadores, y le preguntó por que no iba al bosque a coger pedazos mas gruesos. "Porque el rei, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos limites, y si no lo obedecemos, seremos rigurosamente castigados." El rei no pudo conseguir ni con promesas, ni con regalos que el muchacho infringiese la lei. La compasion que le inspiró este suceso, lo movio a ampliar los limites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administracion de la justicia, y a fin que, con pretesto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen viveres, ropa, y todo lo necesario, segun la clase, y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se espendia en su familia, y casa, en el mantenimiento de los ministros, y magistrados, y en el alivio de los pobres, que seria increíble, y yo no osaria escribirlo, si no constára por las pinturas originales vistas, y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos, y si no lo confirmára el testimonio de un decendiente de aquel monarca, convertido a la fe Cristiana, y llamado, despues del bautismo, D. Antonio Pimentel*. Era pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido a medidas Castellanas, el siguiente:—

De maiz	4,900,300 fanegas.
De cacao	2,744,000 fan.
De chile, y tomate	3,200 fan.
De chiltecpin, o pimiento pequeño, muy fuerte, para salsas	240 fan.
De sal	1,300 panes gruesos.
Pabos	8,000.

No tiene guarismo el consumo que se hacia de chia, habichuelas, y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices, y toda especie de aves. Bien puede calcularse el numero exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maiz, y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que este provenia del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anahuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año; y otras quince, durante el otro medio †. A los jovenes tocaba la provision de leña, de la que se consumia en la casa real una cantidad inmensa.

Los progresos que hizo aquel célebre rei en las artes, y en las ciencias, fueron todos los que podia hacer un gran ingenio, sin libros

* Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

† Las catorce ciudades primeras eran Tezcucó, Huejotla, Coatlichan, Atenco, Chiantla, Tezonoyocan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Jaltocan, Chimalhuacan, Iztapalocan, y Coatepec. Las otras quince, Otompan, Aztaquemecan, Teotihuacan, Cempoallan, Ajapocheo, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztotiepac, Quauhiltatzinco, Coyoac, Oztotlatlahcan, Achichillacachocan, y Tetliztacac.

en qué estudiar, y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesía nacional, y compuso muchas piezas poéticas que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los Españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Criador del cielo. Dos de aquellas odas o canciones, traducidas al Castellano por su decendiente D. Fernando de Alba Ixtliljochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos*. Una de ellas fue compuesta poco tiempo despues de la ruina de Azcapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mencion, era una lamentacion de la inestabilidad de las grandezas humanas, en la persona del tirano; el cual, a guisa de un arbol grande, y robusto habia estendido sus raices, y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra a todo el territorio del imperio, pero al fin, seco y podrido, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos Astronomicos, con la frecuente observacion que hacia del curso de los astros. Aplicose tambien al conocimiento de las plantas, y de los animales, y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacia en la tierra de Anahuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernandez, que las vio, y hizo uso de ellas, y por cierto que son mas utiles, y mas dignas de la mansion de un rei que las que representan la perversa Mitologia de los Griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenomenos naturales, y esta continua observacion le hizo conocer la vanidad de la idolatria. Decia privadamente a sus hijos que cuando adorasen, con señales exteriores los idolos, para conformarse a los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido a seres inanimados; que él no reconocia otra Divinidad, si no el Criador del cielo, y que no prohibia en sus reinos la idolatria, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de victimas humanas: pero viendo despues cuan dificil es apartar a los pueblos, de las antiguas ideas en materias de religion, volvió a permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó, en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El ultimo era oscuro; su boveda estaba pintada de azul, y adornada con cornizas de oro. Residian en ella

* Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Boturini. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta historia.

hombres encargados de tocar en ciertas horas del dia, unas hojas de finisimo metal, a cuyo aviso se arrodillaba el rei para hacer oracion al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año*.

Su esclarecido ingenio, y el amor que tenia a sus subditos, contribuyeron en gran manera a ilustrar aquella corte, la cual se consideró despues como la patria de las artes, y el centro de la civilizacion. Tezcucó era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza, y perfeccion la lengua Megicana, donde se hallaban los mejores artifices, y donde mas abundaban los poetas, los oradores, y los historiadores†. De alli tomaron muchas leyes los Megicanos, y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcucó fue la Atenas, y Nezahualcoyotl el Solon de Anahuac.

En su ultima enfermedad, habiendo convocado en torno de si a todos sus hijos, declaró por heredero, y sucesor a la corona de Acolhuacan, a Nezahualpilli, el cual aunque mas joven que los otros, les fue preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlalcihuatzin, como por su notoria rectitud, y superior ingenio. Encargó a su primogenito Acapiquiltzin, que ayudase al nuevo rei con sus consejos, hasta que aprendiese el arte dificil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la proteccion de sus subditos, y el celo por la justicia. En fin para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase, del modo posible, al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacifica posesion de la corona. Los principes recibieron con lagrimas los ultimos consejos de su padre y saliendo a la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fue Nezahualpilli aclamado rei de Acolhuacan, habiendo antes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual debiendo hacer un gran viage, queria antes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la mañana siguiente murio Nezahualcoyotl, a los cuarenta, y cuatro años de reinado, y a cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, y probablemente quemaron en secreto su cadaver, y en vez de exequias funebres, celebraron juegos, y regocijos extraordinarios, para solemnizar

* Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos MS de D. Fernando de Alba, el cual como cuarto nieto de aquel rei, pudo saber autenticamente muchas particularidades de boca de sus padres, y abuelos.

† En la lista que hemos dado de los historiadores de aquel reino se ve que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcucó.

zar la coronacion del nuevo rei: sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron a la corte muchos magnates a darles el pesame: pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre habia sido transferido a la mansion de los dioses, en premio de sus virtudes.

Conquista de Tlatelolco y muerte del rei Moquihuij.

Poco tiempo despues de la exaltacion de Nezahualpilli, ocurrio la memorable guerra de los Megicanos con sus vecinos, y rivales los Tlatelolques. Su rei Moquihuij no pudiendo sobrellevar la gloria del de Megico, empleaba cuantos medios estaban a su alcance para oscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Ajayacatl, habiendosela dado Moteuczoma en premio de la famosa victoria que ganó a los Cotasteses. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cuñado, y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos, que llevaban con impaciencia el yugo Megicano. Tales fueron Chalco, Gilotepec, Toltitlan, Tenayucan, Megicaltzinco, Huitzilopochco, Joquimilco, Cuitlahuac, y Miscuic, los cuales convinieron en atacar por retaguardia a sus enemigos, despues que hubiesen empezado la accion los Tlatelolques. Los Quauhpanqueses, los Huejotzincques, y los Matlatzincques, cuyos ausilios habian tambien implorado, debian incorporar sus tropas a las de los Tlatelolques, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio a su marido, ya por amor a su hermano, y a su patria, avisó de todo al rei Ajayacatl, a fin de que evitase un golpe que amenazaba la destruccion de su trono.

Moquihuij, seguro de la ayuda de los confederados, convocó a los nobles de su corte para estimularlos a la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo, y que gozaba de mucha autoridad, llamado Poyahuatl, y en nombre de todos, se ofrecio a pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dio a beber al rei, y a todos los caudillos, agua teñida con sangre humana, con lo que sintieron, segun decian, aumentar su valor, y yo no dudo que sentirian nuevos impetus de odio y crueldad. La reina, entretanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibia, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó a su marido, y pasó a Megico, con sus cuatro hijos, a ponerse bajo la proteccion de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan

extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venian a las manos, y peleaban hasta morir.

Acercandose ya la epoca de empezar la guerra, hizo Moquihuij, con sus capitanes, y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte mas proximo a la ciudad, para grangearse la proteccion de los dioses, y alli se determinó el dia en que debian hacerse las primeras hostilidades. De alli a poco, pasó aviso a los confederados, a fin de que estuviesen apercebidos a socorrerlo, cuando empezase el ataque. Giloman, señor de Colhuacan, queria acometer desde luego a los Megicanos, y disimulando despues una retirada, empeñarlos en ella, para que los Tlatelolques los atacasen por retaguardia. El dia siguiente al de aquella embajada, hizo Moquihuij la ceremonia de armar a sus tropas, y pasó despues al templo de Huitzilopochtli, para invocar su ausilio, y bebieron todos otra vez de aquella nefanda poción que les habia dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno a uno delante del idolo, haciendole cada cual una profunda reverencia. Terminada apenas aquella ceremonia, entró en la plaza del mercado una partida de Megicanos, matando a cuantos encontraban: pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado *Tillan*. Aquel mismo dia, a puestas del sol, tubieron algunas mugeres Tlatelolques el arrojo de entrar en las calles de Megico, insultando a los habitantes, diciendoles injurias, y amenazandolos con su proxima ruina; pero ellos los trataron con el desprecio que merecian.

Los Tlatelolques tomaron las armas aquella noche, y al romper el dia siguiente empezaron a atacar a los Megicanos. En lo mas encendido de la refriega llegó Giloman con sus tropas: pero viendo que el rei de Tlatelolco habia entrado en accion sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado: mas queriendo hacer algun daño a los Megicanos, hizo cerrar los canales por los que podrian recibir socorros de barcos: tentativa que le salio frustrada, pues Ajayacatl los hizo reparar prontamente. Todo aquel dia se combatió con indecible ardor, por una, y otra parte, hasta que la noche obligó a los Tlatelolques a retirarse. Los Megicanos quemaron las casas proximas a Tlatelolco, por que quizas les estorbaban para pelear: mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros, y sacrificados al punto.

Ajayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que

conducian a Tlatelolco, y al despuntar la aurora se pusieron en marcha acia la plaza del mercado, que era el punto de su reunion. Los enemigos, viendose cercados por todas partes, se iban retirando acia aquella gran plaza, para congregarse sus fuerzas, y poder resistir con mejor exito: pero al llegar a ella se encontraron aun mas embarazados, por el exesivo numero de gente que se habia amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que Moquihuij procuraba alentar a los suyos, desde lo alto del gran templo. Sus subditos caian muertos, o heridos, y desfogaban en improprios su rabia contra el rei. "Cobarde, le decian, baja, y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente a los que pelean, y pierden la vida en defensa de la patria." Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, o por las agonias de la muerte, eran injustos: pues Moquihuij no faltaba a sus obligaciones de general, y rei, procurando no esponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles mas util con el consejo, y con la voz. Entretanto los Megicanos llegaron a la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuij, que animaba a su gente, y se defendia como un desesperado: pero un capitán Megicano, llamado *Quetzalhua*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadaver, lo presentaron a Ajayacatl, el cual, abriendole el pecho, le arrancó el corazon: accion horrible, pero a la que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios*. Asi acabó el valiente Moquihuij, y con él la pequeña monarquia de los Tlatelolques, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento, y diez y ocho años. Los Tlatelolques, viendo muerto a su monarca, se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos: pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos y sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Despues de aquella conquista, se unio perfectamente la ciudad de Tlatelolco a la de Megico, o por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, si no como parte, o arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rei de Megico puso alli un gobernador, y los Tlatelolques, ademas del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas, y armaduras, estaban obligados a reedificar el templo de Huitznahuac, siempre que fuese necesario.

* El interprete de la coleccion de Mendoza dice que, habiendo Moquihuij perdido la batalla, se acogio a lo alto del templo, y desde alli se precipitó, por no poder sufrir los improprios de un sacerdote; pero la relacion de los otros historiadores me parece mas conforme al caracter del rei.

No sabemos si los Quauhpanqueses, los Huetotzinques, y los Matlatzinques, que se habian confederado con los Tlatelolques, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los Tlatelolques, cuando ya era muerto Moquihuij, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Ajayacatl se vio desembarazado de enemigos, mandó dar muerte a Poyahuitl, y a Ehecatzimitl, que eran los que mas habian exitado a sus compatriotas contra los Megicanos. La misma suerte tubieron poco tiempo despues los caudillos de Joquimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco, y otros, por haber tomado parte en la guerra.

Nuevas conquistas y muerte de Ajayacatl.

Para vengarse despues de los Matlatzinques, nacion numerosa, y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aun no sometida a los Megicanos, les declaró la guerra, y saliendo de Megico, con los reyes aliados, tomó de paso los pueblos de Atlapolco, y Jalatlauhco, y despues conquistó en el mismo valle a Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya, y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entonces la nacion, tributaria de la corona de Megico. Pasado algun tiempo, volvió a la misma provincia, para ocupar la parte septentrional del valle, llamada en el dia *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Giquipilco, ciudad, y estado considerable de los Otomites, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Ajayacatl, que aun se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo a cuerpo con él, en la batalla que presentó a los Giquipilqueses: pero el exito le fue funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobrevinieron dos capitanes Otomites, lo arrojaron al suelo, y lo hubieran hecho cautivo, a no haberse presentado unos jovenes Megicanos, que viendo a su rei en tan gran peligro, combatieron en su defensa, y le salvaron la libertad, y la vida. Apesar de esta desgracia, los Megicanos consiguieron una completa victoria, y hicieron, segun dicen sus cronistas, once mil, y sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin, y a los dos capitanes que habian atacado al rei. Con este glorioso triunfo, agregó Ajayacatl a su corona los estados de Giquipilco, Jocotitlan, Atlacomolco, y todos los demas que no poseia antes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Ajayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dio un gran banquete a los reyes aliados, y a los